

# BOLETÍN

DE LA

## REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

---

AÑO LXXV. - TOMO LXIX. - SEPTIEMBRE-DICIEMBRE. - CUADERNO CCXLVIII

---

### Manuel Fernández-Galiano

(1918-1988)

---

Conocí e hice amistad con Manuel Fernández-Galiano el día de San Isidro de 1936. Siendo fiesta en Madrid, la Facultad de Filosofía y Letras organizó una excursión a Salamanca, Zamora y Toro. Él y yo teníamos diecisiete años y éramos sin duda los más jóvenes del grupo de dos o tres docenas que formaba la expedición. Ambos estamos, con pelo abundante, en una foto histórica rodeando a Unamuno, que nos admitió a su tertulia e hizo de guía espiritual y urbano durante unas horas. También están en torno al maestro Alonso Zamora, Arturo del Hoyo, Mary Andújar, Margarita G. Urtiaga, María Rosa Alonso, las hermanas Torrego, María Canalejas, Pepe Cuevas ... Distanciados del grupo aparecen Camón Aznar y Manuel Muñoz Cortés, entonces estudiante de Salamanca. Unamuno tomaba partido: "Ni puño cerrado, ni saludo romano; yo, como Fray Luis" (que nos presidía a todos), y extendía la mano en señal de paz. Manolo, como le llamábamos todos, mandó hacer copias de esta fotografía y la repartió hace años entre los supervivientes.

Ya tenía entonces cierto aspecto de profesor distraído que siempre me atrajo, pues los profesores así llamados son en realidad abstraídos, entregados a preocupaciones absorbentes que algunos, como Galiano, saben conciliar con un trato exquisito a cuantos les rodean. Hacen falta muchos años de observación hipercrítica de comportamientos para descubrir en algunos españoles algo que, si no se contrasta, parece rasgo común de la humanidad y sólo algunos españoles elegidos parecen poseer: afectuosa llaneza con los humildes, comedida indiferencia con los soberbios. Nuestro amigo era uno de ellos, de los que saben estar al día en cuanto a los infortunios y alegrías del bedel y su familia y, a la par, tratar a los encumbrados de estirpe o de circunstancia en un tono despojado de cualquier indicio de adulación o de equívoca pleitesía.

No es de extrañar que en la hoja de calendario de mesa en que a diario anotaba su agenda, su lista de obligaciones, figurasen sin orden de prelación la de gestionar una beca para el chico superdotado de Sigüenza y la de localizar una cita de Píndaro para un colega en trance de oposiciones. Conforme iba cumpliendo estos deberes voluntariamente autoimpuestos, tachaba de la hoja cotidiana la línea correspondiente y se afanaba en dejar poco para el día siguiente, todo ello sin perjuicio de cumplir con entrega ejemplar sus tareas profesionales y de construir para la posteridad y para gloria del moderno humanismo español una impresionante obra escrita que abarca más de 400 títulos y de activar una serie de empresas culturales (Universidad Autónoma, Fundación Pastor) donde su huella se ha de notar muchos años. No es ésta ocasión de enumerar siquiera sus obras mayores, que figuran, como traducciones, artículos, comentarios y reseñas, en una bibliografía densa y extensa. Sí hay que destacar en su dimensión de humanista la variedad de sus intereses, entre los que predomina el que sintió por la historia y el pensamiento antiguo (70 títulos), la epigrafía griega y micénica (13 títu-

los), papirología (44 títulos), lengua, métrica y estilística del griego clásico (45 títulos), literatura griega clásica (210 títulos). Pero no es corriente en un helenista con tan vasta producción en su campo profesional, el interés por las lenguas y literaturas modernas, entre las que destaca, naturalmente, el español, objeto de su vocación temprana y de su cultivo permanente, sin contar sus traducciones de clásicos y modernos a nuestra lengua. Pero su afición iba más allá de lo que revele la bibliografía. Durante una amistad de más de cincuenta años he tenido ocasión de cambiar opiniones sobre muchos de los autores modernos y contemporáneos de otras lenguas, pues leía sin dificultad los corrientes —francés, inglés, alemán e italiano— y era también capaz de traducir y opinar con autoridad sobre la poesía griega moderna o portuguesa.

Los vaivenes del voto académico, sujeto a menudo a urgencias o apremios circunstanciales, unidos a las vacilaciones motivadas por los síntomas primeros del mal que no perdona, privaron a la Academia del beneficio seguro de un miembro eficaz, prestigioso, de juicio ponderado, de trabajo fecundo, de ingeniosa y culta conversación. La elección postergada ya no pudo remediar la lamentable demora, pero sí otorgar justa satisfacción y esperanza a quien, ya en enero del mismo año, lloraba desde el hospital con dolorido acento la muerte de otro gran maestro de la Filología Clásica, Sebastián Mariner, con palabras que bien podríamos apropiarnos por certeras y auténticas: “Un intolerable desgarrón en las entretelas del alma; una viva punzada en la sede de los más íntimos afectos”. Como yo, podrían hacerlas suyas los muchos que gozaron de su amistad y a quienes se nos ensanchó la vida con su trato y con su afecto.

Sin haberlo acogido en su seno, la Academia ha perdido un hombre bien elegido, del que habría recibido pruebas de devoción a sus principios, pues Manuel Fernández-Galiano, nutrido intelectualmente en las mejores fuentes del pensamiento humano, clásico y moder-

no, era clara garantía de amor y cultivo de nuestra lengua.

Faltaba el trámite de la recepción pública, frustrado por la muerte, pero ello no debe ocultar la congoja en que nos ha sumido su pérdida, que es para los amigos irreparable, y para la Academia, la de uno de los más grandes helenistas españoles. Descanse en paz.

EMILIO LORENZO